

El Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

J u d e x.

El Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, próximo a Madrid, (una de cuyas fachadas reproducimos en la portada de la revista) ha gozado con merecida fama del apelativo de ser la octava maravilla del mundo. Y ciertamente que, si consideramos la antigüedad de su construcción iniciada hace ahora algo más de cuatro siglos (el 4 de Julio de 1563 cumplía los cuatro siglos), es cosa admirable ver lo acabado y perfecto de su severo estilo realizado en aquellas pesadas moles graníticas con un arte instrumental rudimentario, como era el que entonces se usaba.

Unos años antes, en 1557, durante la guerra con Francia, provocada al romper ésta la tregua de Vaucelles, Manuel Filiberto de Saboya había logrado para las armas de España la gran victoria de San Quintín. Esta victoria, con la posterior de Gravelinas, determinó la paz con Francia, afirmada por el beneficioso tratado de Chateau-Cambresis y el matrimonio de Felipe

II con Isabel de Valois, hermana de Enrique II de Francia, tuvo lugar el 10 de Agosto, el día en que la Iglesia conmemora el martirio de San Lorenzo, Santo español nacido en Huesca y quemado en una parrilla en el año 285 durante la persecución de Valerio. Y Felipe II, hombre de profunda fe, quiso agradecer a Dios la gracia de la victoria de San Quintín, erigiéndole un suntuoso templo y poniendo a éste bajo la advocación del Santo mártir, al que el Monarca, quizás por ser el único mártir español al que la Iglesia ha incluido en el Canon de la Misa, tenía especial devoción.

Con esta decisión, Felipe II cumplía también el encargo testamentario de su padre de que le construyera un sepulcro para sus restos y los de la Emperatriz Isabel. Cuando estuviese terminado su monasterio, los restos del Emperador, que desde 1558 descansaban en Yuste bajo la custodia de los jerónimos, podrían pasar a la cripta del nuevo templo, cuyo culto había pensado encomendar también a la prestigiosa Orden de San Jerónimo, a la que, como su padre, el Rey tenía en gran estima por su sabiduría, virtudes y estricta observancia monacal.

La idea inicial de Felipe II fue construir, a la vez que el templo, un convento para 50 monjes y un sitio real para su Corte, pues sin duda pensaba vivir el mayor tiempo posible en este lugar de El Escorial, que le era particularmente agradable, y dirigir desde aquí, a la sombra espiritual del Monasterio, sus vastos dominios.

El primer proyecto del edificio, encomendado al arquitecto Juan Bautista de Toledo, consistió en un gran rectángulo de 740 por 570 pies, dividido en tres partes iguales: la del norte para el palacio, la del centro para la iglesia y la del sur para el convento, pero apenas los cimientos habían llegado a la planta baja cuando el Rey modificó su plan, ampliando las funciones que el edificio debía atender y doblando el número de religiosos. El problema de adaptar lo construido al nuevo pensamiento del Monarca ofrecía serias dificultades al arquitecto y se atribuye al lego Fray Antonio de Villacastín, que fue el Maestro mayor del Monasterio durante toda su construcción, la idea de la solución. "Supuesto —dijo— que los cimientos pueden recibir doble peso del proyecto, dóblese la elevación y con ella la cabida del edificio". El Rey vio el cielo abierto con esta sugerencia, a la que Juan



Las torres de la Basílica vistas desde el llamado patio de coches.

Bautista de Toledo no tuvo nada que objetar, y decidióse dar a la construcción doble altura de la inicialmente prevista. Las obras, comenzadas el 23 de abril de 1563 con la solemne colocación de la primera piedra, continuaron bajo la dirección de Juan Bautista de Toledo hasta 1575, en el que, a su muerte, le sustituyó Juan de Herrera, quién llevó a cabo notables modificaciones en el proyecto primitivo, poniendo todo su arte y pericia técnica en hacer realidad las sugerencias y orientaciones que el Rey le daba, pues éste fue realmente el alma de todo y el verdadero inspirador de la obra durante los veintiún años que duró su ejecución.

La creación del Patronato del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial nos es dada a conocer en la jugosa prosa de Fray José de Sigüenza, primer cronista que el Monasterio tuvo, quien en su Discurso XVIII, al relatar el acto de la consagración de la Basílica y altares del histórico monumento, efectuada el 30 de agosto de 1595, nos dice cómo el Príncipe, que después fue Felipe III, recogió las palabras del Nuncio, en aquel entonces Camilo Gaetani, Patriarca de Alejandría, haciéndole entrega de una Real Cédula en la que se confirmaba la dotación que al Monasterio hizo su fundador, representada —de-

cía textualmente— por: "la Dehesa del Quejibar, la de la Herrería, la de la Fresneda, el Espadañal, heredades conocidas con muy anchas posesiones, que le están ya entregadas. También la Abadía de Párraces, que es muy amplia, y el Priorato de Santo Tomé y otros muchos beneficios eclesiásticos que, a instancias de mi Señor padre, y por haberlos él pedido, los ha concedido y unido para siempre a esta casa de San Lorenzo, con mucha liberalidad, la Sede Apostólica".

Cuando tres años más tarde abandonaba este mundo el gran Monarca, el encargo testamentario de Carlos V no estaba aún cumplido. "Yo ya he hecho casa para Dios —había dicho Felipe II—, ahora mis hijos cuidarán de hacerla para mis huesos y los de mis padres", y, en efecto, Felipe III y después Felipe IV, que fueron grandes bienhechores del Monasterio, cumplieron generosamente esta voluntad y el Panteón de Reyes fue iniciado por el primero y terminado, después de nueve años que duró su construcción, por el segundo. Encima de su puerta de entrada campea una inscripción latina que dice: "A Dios omnipotente y grande. Sitio dedicado por la piedad de los Austrias a los despojos mortales de los Reyes Católicos, que



El bello patio de los Evangelistas visto desde la cúpula, con la Sierra de Guadarrama al fondo.

aguardan el día ansiado bajo el altar mayor, consagrado al Redentor del linaje humano. Carlos V, el más esclarecido de los césares, deseó este lugar de reposo postrero para sí y para los de su estirpe; Felipe II, el más prudente de los reyes, lo diseñó; Felipe III, príncipe hondamente piadoso, dio comienzo a las obras; Felipe IV, grande por su clemencia, constancia y religiosidad, lo agrandó, hermoseó y terminó en el año del Señor de 1654." En este Panteón descanzan los restos de todos los monarcas españoles menos los de Felipe V, el primero de los Borbones, y los de su hijo Fernando VI, enterrados por propia voluntad en La Granja de San Ildefonso y en las Salesas Reales de Madrid, respectivamente, y los de D. Alfonso XIII, que, fallecido en el extranjero, se encuentra en Roma, en la Iglesia española de Montserrat.

El Monasterio de El Escorial, conocido también como la Octava Maravilla del Mundo, es, según juicio de uno de sus más ilustres comentaristas, "majestuoso y sublime como la religión divina que le dio el ser; severo y melancólico como su augusto fundador; fábrica verdaderamente portentosa por lo bello y delicado de sus líneas, por lo bien entendido de sus proporciones, por la atinada combinación de todas sus partes y por la exquisita sencillez de que hace gala en medio de su misma grandeza" . . . ; pero sobre todos sus indiscutibles méritos artísticos que hacen de él una joya de primera magnitud y un motivo de legítimo orgullo nacional, su principal valor está, a nuestro juicio, en ser como el símbolo permanente de las esencias espirituales de España y el impercedero recuerdo del más grande de nuestros soberanos.

Cuando en 1588 muere el gran Rey en este Monasterio, soportando los horribles sufrimientos que le produce un cuerpo que se descompone antes de que el alma le abandone, con una entereza y una resignación edificantes, la gigantesca obra de su dilatado reino no ha sido cumplida más que en parte. Felipe II no logra neutralizar el protestantismo en Europa ni evitar la balcanización de ésta, causa de su futura debilidad, pero sí la ha librado de la invasión del Islam y ha salvado igualmente el catolicismo en el occidente europeo y en los territorios ultramarinos que éste controla.

A partir de la muerte de Felipe II, el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial sigue las vicisitudes de la Historia de España. Los Monarcas de la Casa de Austria lo cuidan y lo enriquecen, pero prácticamente no lo habitan. Los primeros monarcas de la Casa de Borbón no tuvieron ninguna simpatía por el Escorial. Educado Felipe V en la corte de Versalles no podía gustarle la pétrea desnudez del Monasterio y puso su interés en el Palacio Real de Madrid y en hacerse un Versalles en la Granja de

San Ildefonso. En esta corriente le sigue su hijo Fernando VI, fundador de las Salesas Reales, y sólo al llegar el reinado de Carlos III, y sobre todo el de su hijo Carlos IV, es cuando la Corte dedica especial atención a El Escorial, pero ya estamos muy lejos de la austereidad filipense, de la sobriedad conventual y de la dedicación plena a Dios. Las aportaciones de Carlos IV y Fernando VII se concentran principalmente en alhajar el palacio y en la construcción de Casitas. El Escorial, donde a un Rey que reza y trabaja le llegan las noticias de la victoria de Lepanto o de la derrota de su Gran Armada, es testigo entonces de los enredos cortesanos que culminan en el poco edificante espectáculo de la detención y procesamiento del Príncipe de Asturias.

Mientras tanto el tiempo y las guerras causan estragos materiales en el Monasterio. Hasta principios del siglo actual, éste sufre la acción devastadora de seis importantes incendios, producidos probablemente por la acción de los rayos de las tormentas, tan frecuentes en esta sierra, siendo el más importante el de 1670 que destruyó gran cantidad de piezas importantísimas de su biblioteca y el estandarte apresado en Lepanto que en ella se guardaba junto a los preciosos códices. Durante nuestra guerra de la Independencia las pérdidas fueron aún más considerables por el saqueo a que sometió el invasor al Monasterio, del que se llevó hasta 300 carretas y 500 caballerías cargadas de obras de arte.

Después, los daños fueron de otro tipo. Las Leyes sectarias del pasado siglo determinaron la excaustración de la Orden Jerónima y el empobrecimiento de El Escorial. El Monasterio quedó sin monjes y a la restauración de Alfonso XII el culto fue encomendado a un Cuerpo de Capellanes Reales, hasta que en 1883 el Monarca, impresionado al parecer por una observación que le hiciera en una visita el Emperador de Alemania, al decirle que el Monasterio sin monjes le parecía "un cuerpo sin alma o una hermosa jaula sin pájaro", interesó del Nuncio de Su Santidad que la Santa Sede designara una orden religiosa para instalarse en el Monasterio y la designación recayó sobre los Agustinos Filipenses de Valladolid, que asumieron las funciones desempeñadas antes por los jerónimos a partir del 10 de agosto de 1885.

Con esta designación la Providencia, en sus inexcrutables designios, quiso sin duda conceder a la esclarecida Orden de San Agustín, para cincuenta años después, el extraordinario privilegio del martirio.

En 1936, cuando España está a punto de pecar bajo el poder comunista infiltrado en nuestra Patria con el Frente Popular, y el Generalísimo Franco acaudilla a los españoles para liberarla, el Monasterio de San Lorenzo de El

Escorial, símbolo de las esencias nacionales, corre el más grave riesgo de su historia. La República, en su sectarismo, había suprimido el funcionamiento de la Universidad de María Cristina y del Colegio de Alfonso XII y el centenar de religiosos, entre padres, profesos y hermanos, que el Monasterio albergaba sólo se dedicaba al culto, a la formación religiosa y a la labor científica de investigación en su biblioteca. Pues bien; por este solo hecho, cuando el Alzamiento Nacional se enfrenta con la invasión extranjera que representaba en definitiva el intento de convertir a España en un satélite de Moscú, las turbas persiguen y apresan a la Comunidad del Monasterio y noventa religiosos, tras un calvario por cárceles y checas, fueron vilmente asesinados, pereciendo la mayor parte de ellos en las terribles matanzas de Paracuellos de Jarama. El Monasterio fue después saqueado, pudiéramos decir que técnicamente saqueado, por el Gobierno rojo de Madrid. De la biblioteca fueron sacados, embalados en cajones, sus mejores piezas: manuscritos árabes y códices latinos y castellanos de gran valor que, al final de la guerra, pudieron ser recuperados, aunque sólo en parte, pues algunos valiosos ejemplares se perdieron para siempre. El expolio se extendió a los museos, de donde se llevaron Grecos, Riberas, Tizianos, Tintoretos y Veronés en número

de 25 cuadros, que afortunadamente fueron recuperados después de la guerra en Ginebra, y a la Sacristía, de donde se sustrajeron todos los objetos de culto de valor que, como las piezas de la Biblioteca, sólo se recuperaron después en parte. La custodia llamada de las "Espigas" y otra regalo de Isabel II, ambas de extraordinario valor, desaparecieron en el robo sacrílego y con ellas una famosa Virgen bizantina, llamada de San Pío V, que tenía engarzadas gran cantidad de piedras preciosas.

El Monasterio quedó muerto en sus hombres y en sus cosas, y ello era natural. La España invadida por el comunismo era la antítesis de la España de Felipe II. Con todo, el Monasterio pudo resucitar pasada esta invasión que, breve y todo, redujo a escombros tantos valores materiales y humanos. Y hoy, gracias al esfuerzo infatigable de los hombres de la nueva España el edificio ha sido restaurado, las colecciones artísticas restablecidas en cuanto se ha podido en sus lugares de origen y se ha añadido a todo ello un Museo de la Arquitectura del Monasterio y una Pinacoteca escurialense muy notables.

El Real Monasterio de El Escorial sigue dando testimonio, frente al Valle de los Caídos, de la perpetuación en el espacio y en el tiempo de una tradición multisecular.

**REGALOS DE BODA, lo más nuevo y elegante
a precios razonables los encontrará en**

PARIS VOLCAN
SAN SALVADOR

Textos, Novedades, Cuadros Religiosos,
Objetos para Regalos, Imágenes, Utiles Escolares.

LIBRERIA HISPANOAMERICA

1^a Calle Oriente y 4^a Avenida Norte — Teléfono 21-50-62 — Apartado 167.
SAN SALVADOR.